

# La entrega de la Facultad a las nuevas autoridades

(Discursos de los Dres. García y Korn y del Sr. Rohde)

El acto de la entrega del instituto por el delegado de la Universidad, doctor García, a las nuevas autoridades, se realizó el día 26 de Octubre.

Poco después de las 6.30 de la tarde, y ante un auditorio numeroso de profesores y estudiantes, inició el acto el doctor García, siguiéndole en la palabra el decano electo doctor Korn y el señor Rohde, que hablaba en nombre del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras.

Transcribimos a continuación los discursos, que fueron largamente aplaudidos:

**Discurso del interventor Dr. Juan Agustín García (hijo)**

“Una de las características del pueblo argentino desde fines del siglo XVIII es la inquietud moral e intelectual. Y esta inquietud se traduce periódicamente en la vida universitaria. Tal vez sea su causa la falta de una noción clara de sí mismo: se afana en la angustiosa tarea de formar su propia conciencia.

En los tiempos viejos, Maciel y sus amigos clamaron contra la enseñanza oficial. Seguían a Jovellanos, en buscar unos estudios de acuerdo con los adelantos científicos europeos. Piden la física de Newton, la filosofía moderna, la economía de Quesnay.

En los años que corren hasta Rozas, los enciclopedistas estuvieron de moda; se adoraba la razón, se profesaba el culto de las verdades absolutas.

En cada una de esas épocas se producían crisis universitarias. Coinciden esos momentos agitados con los cambios ideológicos. Entonces los jóvenes declaraban en crisis a los viejos, en forma inexorable.

Nosotros, los de la generación del 80, protestamos, a los 20 años, contra la rutinaria enseñanza de nuestros maestros. Cuando llegó la ola positivista, José Manuel Estrada fué declarado lírico e ideológico, e inteligencia medioeval; Goyena, muy apegado al famoso Namur, nos traía a su curso el ambiente de la vida antigua; el derecho penal de Obarrio era pueril, y la economía de Lamarca se retiraba ante un control sociológico amenazante.

Los jóvenes del año 1810 protestaron contra los maestros de Charcas, de San Carlos y de Córdoba, tradicionalistas de la escuela jesuítica. Esos jóvenes llevaban en sus manos la clave de un futuro Eldorado. Ahí cerca vivía una ciencia nueva, fresca, llena de vida, con todo el prestigio de la revolución francesa. ¡Cómo compararla con los infolios en latín, encuadernados en cuero, de Córdoba! Sin embargo, esos volúmenes, adorno de las bibliotecas, formaban una aristocracia de libros, impresos con letras grandes, negras, con relieve. Es un placer acariciar esas páginas de rico papel y tinta inborrable, con sus carátulas majestuosas, con nombres sonoros y la licencia eclesiástica llena de unción.

Quiero decir, señores, que estos movimientos escolares no son artificiales ni efímeros. Traducen un malestar intelectual, un deseo de cosas mejores o distintas, una falta de confianza, o, lo que es más grave, una crisis del prestigio. Porque entonces esas lecciones que no se escuchan con amor y con fe, son estériles e ineficaces. Las ideas requieren para germinar esas fuerzas de simpatía y de emoción que constituyen la base de toda disciplina universitaria.

Es necesario, pues, y es político complacer esas nuevas tendencias, porque tal vez resulten justificadas, y para evitar que se vuelvan amenazadoras y anárquicas. En general son justas y fundadas, responden a necesidades muy sentidas. Una larga experiencia de la cátedra me ha permitido observar que hay en este mundo universitario un sentimiento de justicia immanente, que raras veces yerra en sus fallos.

Las universidades tranquilas y sólidamente ordenadas implican una gran cultura. En la Edad Media fueron tempestuosas porque la civilización se iniciaba. El estudiante de Salamanca tenía más de pícaro que de estudioso. El aula era una bohemia amable, alegre y expansiva. Encontrareis ese medio descripto admirablemente en la literatura picaresca, en "El diablo cojuelo", en la poesía popular y amorosa.

Ahora, señores, surge una Facultad nueva, con la misma misión de la antigua; hacer el alma argentina, darle la conciencia de sí misma, señalarle esos rumbos ideales para que en el porvenir el pueblo argentino alcance su personalidad propia, realice su carácter original, tenga sus fines en la vida de las naciones a la altura de sus merecimientos.

Es probable que más o menos la nueva institución camine por las huellas intelectuales de la antigua. El sello, la tendencia que imprimieron a esta casa Norberto Piñero y José Nicolás Matiezo es de muy buena ley. „

Así, señores, mientras observaba el movimiento estudiantil me decía con la resignación de los profesores de Charcas: "A su turno y a su hora, serán también declarados en crisis.

Y esta reflexión, algo perversa, trajo la serenidad y el buen humor a mi espíritu."

#### Discurso del decano electo, Dr. Alejandro Korn

Señor Interventor: Señoras y señores:

Comporta el puesto que me discierne el voto de los profesores y alumnos una alta distinción, y al aceptarla no puedo menos de exteriorizar mi gratitud que, por igual, se extienden a quienes con espontáneo y juvenil impulso primero pronunciaron mi nombre, como a aquellos que renunciaron a justos reparos para prestigiarle con su alta autoridad. Y es para mí, doctor García, excepcional satisfacción escuchar la bienvenida de labios de personalidad tan autorizada, cuya palabra siempre mesurada y gentil, sabe entretener a sus intencionados giros la cálida expresión del afecto y de la sinceridad.

No he de ocultar, sin embargo, que en este instante, a pesar de este ambiente placentero, más que la sensación del halago, prevalece en mi ánimo la sensación de la responsabilidad que

asumo, la duda propia del hombre nuevo llamado a continuar la obra de tan dignos antecesores. Porque si bien sin fingido apocamiento, también sin alarde contemplo los deberes que impone esta remoción inesperada de las autoridades universitarias, las causas múltiples y complejas que interrumpieron la marcha normal y los problemas que diseña el porvenir. Por un feliz conjunto de circunstancias, la prudencia del señor Interventor, la acción concorde de profesores y alumnos ha clausurado con rapidez este episodio, no sin dar un ejemplo de unión y de cordura. Me conforta este espíritu de circumspecta sensatez; él justifica la intervención de los estudiantes en el gobierno de la casa y aleja todo recelo sobre la eficacia de la avanzada reforma que ensayamos. Su primer fruto es un Consejo directivo habilitado para satisfacer todas las aspiraciones legítimas.

Ha sido un acto de la más elemental justicia haber mantenido la probada colaboración de los hombres, que, previsores, fundaron esta casa en tiempos nada propicios, la dirigieron con amplitud de criterio y con perseverancia abnegada superaron las dificultades de la naciente y poco arraigada institución. No sin complacencia volvemos una mirada retrospectiva sobre el desarrollo de esta facultad; su importancia y su misión fué negada en los comienzos, pero lentamente se poblaron sus aulas, se amplió el cuadro de su enseñanza, se convirtió en centro destinado a la difusión de las ideas y ya estos muros son estrechos para albergar junto a las aulas, las colecciones etnológicas del museo, la creciente riqueza de su biblioteca, nuestra valiente sección histórica y la geográfica, encaminada a idéntico desarrollo, creaciones todas que honran a sus iniciadores.

En buena hora se incorporan al Consejo fuerzas nuevas, exponentes representativos de nuestra vida intelectual, cuyo nombre ha salvado los lindes patrios; vienen ellos a su propio hogar, era su ausencia la que extrañábamos, no nos sorprende su llegada. Luego, compañeros hoy, quienes ayer no más frecuentaban nuestras clases, arrojarán a la controversia académica la voz de nuestra juventud, el eco de sus anhelos, el reflejo de sus impacencias, la gallarda entereza de sus desplantes. Y por primera vez en nuestro grave cónclave pondrá su nota amable la mujer; viene a ocupar en la casa de Rivadavia el bien

ganado sitio y bien la representa la distinguida graduada que honra nuestra facultad.

Así llegaremos de los rumbos más opuestos de la vida a sentarnos en torno de la mesa del Consejo, distintos en años, experiencia y saber, separados por hondas divergencias, pero mancomunados en el culto de los más altos intereses humanos, con igual libertad de espíritu, dispuestos a hacer de esta casa el centro, el foco de un intenso movimiento intelectual, a conquistarle la preeminencia en el organismo universitario, a extender su influencia sobre las más altas inspiraciones de la vida nacional. La abriremos al aire y a la luz, a todos cuantos representan talento y ciencia, a cuantos invistan autoridad moral y tan sólo la mediocridad quedará proscrita de nuestra cátedra.

No debemos considerar estos movimientos que han venido a perturbar el tranquilo ambiente universitario, como hechos aislados o fortuitos. Después de lenta gestación, se han insinuado en un punto, han estallado en otro y han repercutido en todos, hasta imponerse con la implacable coerción de las fuerzas que surgen en su hora histórica. Debemos vincularlos no a causas ocasionales o transitorias, sino a la razón fundamental que las informa. No debemos apreciarlos según sus rasgos humanos, tal vez excesivamente humanos, sino según la finalidad que los rige. Son, en realidad, la expresión aún inorgánica, vaga, quizás desorientada, de la honda inquietud que estremece el alma de las generaciones nuevas. Algún estrépito había de ocasionar el crujir de los viejos moldes.

No son estos movimientos sino un incidente dentro de otros más amplios, que, a su vez, reflejan grandes corrientes universales, pues también nosotros somos una parte solidaria de la humanidad. Donde quiera que escrutemos el campo de la actividad mental, hallamos sus huellas, en la producción literaria, en la obra artística, en el anhelo de nuevas soluciones para los viejos problemas del pensamiento y de la organización social. No es fácil para un contemporáneo señalar la naturaleza íntima de esta inquietud, pero si intentamos contemplar el momento actual en su proyección histórica, tal vez logremos entrever la solución.

Hay en la evolución de las ideas un movimiento rítmico, en virtud del cual toda época nueva ofrece un carácter opuesto a

la que precede. ¿Y cuál, preguntemos, fué el carácter saliente de la última, que hoy se desvanece en el pasado? Ningún extraño nos lo anunció en sus albores; fué un pensador genuinamente nacional el que nos dió la clave de los para él tiempos venideros, al revelar el carácter económico de los problemas sociales y políticos. La doctrina de Alberdi la hemos vivido hasta agotarla, hasta exagerar y pervertirla, hasta subordinar toda actividad a un interés económico. E hicimos bien; esa fué la ley del siglo y realizóse la obra nacional más urgente. Mas el proceso histórico no se interrumpe, todo principio extremado engendra a su contrario, un nuevo ritmo sobreviene, su significado es otro: Hay valores superiores a los económicos! No lo ignorábamos, ese era el secreto de esta casa, en la cual no hay una sola cátedra donde se enseñe el arte de hacer dinero. Por fin, uestra hora llega. Nos inclinamos, pero para despedirnos de la gran época de los progresos económicos y técnicos; fué grande, con una grandeza comparable sólo a la grandeza de la catástrofe en que se hunde. No negamos, cómo habíamos de negar la necesidad del desarrollo económico, pero lo aceptamos solamente como un medio, como el limo fecundo donde ha de germinar una alta cultura, a la vez humana y nacional.

Y el nuevo orden surge con anhelos de justicia, de belleza y de paz; con ideales éticos, estéticos y sociales. Allá se realizarán en su medida; nosotros habitamos los dominios de la teoría, muy conscientes, empero, que ella forja las armas decisivas, que los conceptos abstractos más sutiles se concretan como piedras para lapidar la estolidez rehacia.

Con su trabazón lógica, casi escolástica, ha poco aún se imponía aquel sistema que apoyado en las ciencias naturales, hacía del hombre una entidad pasiva, modelado por fuerzas ajenas a su albedrío, irresponsable hasta de sus propios actos, apisionado sin remedio en el nexo causal de la herencia y del ambiente; la verdad era una hipótesis, el bien el éxito, la razón de la existencia obscura e insondable. Para sus dudas y sus ansias quedábale al hombre o la resignación estoica o el consuelo falaz de la superstición, pues como la naturaleza que entiende interpretar, esta doctrina es amoral y sin finalidad. Y he aquí que vuelven ahora a postularse ideales, queremos ser dueños de nuestro destino, superar el determinismo mecánico de las

leyes físicas, el automatismo inconsciente de los instintos, conquistar nuestra libertad moral y encaminar el gran proceso en su ascensión sin fin hacia los eternos arquetipos. El hombre reclama los fueros de su personalidad, la capacidad de la acción espontánea, como si volviera a animarle aquel *nus poiêtikon*, la razón activa y creadora, que el viejo Aristóteles juzgaba el timbre más alto de la especie humana. No quiero amenguar con una consideración escéptica el gran esfuerzo de ambas posiciones, ni quiero fallar en la contienda; mis alumnos saben que jamás desde la cátedra he dogmatizado y que con igual fervor les he expuesto a Platón y a Lucrecio Caro. Pero el gran debate está trabado, formidable conmueve todos los espíritus, no cabe simular la indiferencia, y, fuera de duda, puede afirmarse que la necesidad de una solución ética se impone a unos y a otros. Como en los tiempos remotos en que el discípulo de Sócrates pensaba las utopías de su república, el ideal se resume en la misma palabra: Justicia, que para Platón era la síntesis de la tríade ética. Justicia queremos como norma de nuestra conducta; justicia social, justicia entre las gentes de distinta estirpe. Llegue alguna vez el día sereno en que no la confundamos con el grito desaforado de nuestras pasiones, con el reclamo mezquino de nuestros intereses.

Como en cada mónada, según Leibnitz, se refleja a su modo el universo integro, así también en los acontecimientos aislados se reflejan las ideas directrices de la época. Conocerlas es poseer la razón de los hechos; no es lo mismo contemplar las cosas desde las cumbres o con el ojo desorbitado del batráceo, detenido ante el plinto de una columna cuyo erguido fuste se sospecha.

No sería suficiente por eso ahondar nuestro criterio filosófico e histórico, ni complementar las ciencias con la educación de nuestra sensibilidad estética, si no nos dispusiéramos al mismo tiempo a encuadrar la vida dentro de la integridad moral de nuestro carácter. Toca, por cierto, a la Universidad no descuidar esta faz de su misión, y la acaba de tener presente al suprimir — por fin — la tradicional tutela de las trabas reglamentarias con las cuales pretendía mecanizar la vida del estudiante. No desconozcamos su alcance, esta innovación emancipadora no es un alivio para nadie; ella dignifica la vida universitaria.



Ing. MANUEL LAPIDO

Presidente del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras y primer  
estudiante Consejero de la Facultad de Filosofía y Letras



pues despertará en profesores y alumnos la conciencia de su responsabilidad. La falta de coacción externa obliga a suplirla con la disciplina espontánea. Esta reforma por fuerza ha de intensificar la seriedad de las pruebas finales y desde luego impondrá al estudiante mayor contracción y sobre todo el auto-dominio de su voluntad. La libertad es un bien para los fuertes, para muchos será un escollo. Pero esto no es un mal; conviene que la selección se verifique, que si la ineptitud está demás en la cátedra, tampoco hace falta en las bancas.

La misma coparticipación de los alumnos en la designación de las autoridades universitarias es un derecho que impone los deberes correlativos. Es menester ejercerlo con ecuanimidad, convencidos que la evolución lenta de las ideas y de los hombres no puede precipitarse más allá de cierto límite. Y permitanme los alumnos que con la autoridad que ellos mismos me han dada, les haga una advertencia: Tras de las nuevas ordenanzas ha aparecido como por generación espontánea, el tipo del docente empeñado en captarse la benevolencia del estudiante con la frase lisonjera que explota sus flaquezas. Ese es el enemigo. No ha de mediar displicencia entre el profesor y los alumnos, bien poco vale el saber sin la bondad, pero el maestro ha de ser severo, que no educa a niños sino a hombres.

Y ahora, señores, con doble ahinco, retornemos al trabajo; pocos días nos quedan antes de terminar los cursos, tratemos de aprovecharlos. La meta que perseguimos no se alcanza con improvisaciones, ni con impulsos irregulares; ella exige el cumplimiento metódico de la tarea del día, la concentración del espíritu sobre los deberes inmediatos.

Y antes de separarnos levantemos la mente al ideal más alto que cada uno de nosotros, con nombre diverso, venera en el foro de su conciencia, y hermanados en el afecto a esta casa, en el propósito de honrarla, formulemos un voto por el éxito de la reforma universitaria, por la gestión acertada del Consejo directivo y también por la del más modesto de todos, la del nuevo decano.

**Discurso del Sr. Jorge M. Rohde**

Señor Decano: Señoras; Señores:

Un viento de saludable inquietud renovadora flota sobre todos los ámbitos del país; y puesto que de inquietud intelectual

se trata, lógico es que en las universidades se concentre el fuego y que de ellas surja la esencia purificada de nuestras pasiones y deseos de perfección ética y estética. En Córdoba, la ciudad de los "tiempos medios" como dábamos en llamarla, prendió la chispa de los impulsos viriles y espontáneos, y se conmovieron en la casa de Trejo hasta los fantasmas de los rectores coloniales — que aun "regían" — ante la noble irrupción de una juventud que alzaba su bandera al grito iconoclasta de todas las rebeliones, que es el de todos los progresos — aunque parezca paradoja — de que la humanidad puede gloriarse. Los estudiantes de Buenos Aires comprendieron las voces fraternas que resonaron en las serranías de la ciudad mediterránea, y por ellas — rompiendo su tradicional apatía — golpearon la puerta de la universidad y pusieron en las reformas docentes sus energías y esperanzas.

Sería ocioso que yo formulase, señores, la importancia que se le debe conceder a la universidad en nuestra República, como la más alta conductora del pensamiento y modeladora, por lo tanto, del alma ciudadana. En la universidad depositemos nuestros afanes para que ella los encauce, dándoles la orientación sustentada en el bien, la verdad y la belleza: trinidad suprema que los griegos ataviaron con el velo de las Gracias; de ahí sus islas en mares glaucos, rincones de ciencia y de armonía. . .

Es cierto, señores, la que llamaron un tiempo "Atenas del Plata" olvidóse de su égida de luz para empuñar el arado, como si estos dos atributos no pudieran armonizarse; es cierto que un sórdido positivismo segó la flor de los ensueños; es cierto que el hombre, perdida la ruta celeste, hundióse en el surco de los trigales rubios hasta el hastio; pero hoy, señores, sentimos de nuevo florecer estrellas en los cielos, que harán más copiosa la cosecha de la tierra; hoy la palabra de un filósofo hispano, que se escuchó desde esta misma tribuna, palpita en los labios juveniles como mensajera de purísimas esencias, no como estéril vagabunda; hoy conmueven las ideas novecentistas, y si en ellas se puso amor, como quería Sócrates, se puede esperar de su destino en la mente generosa del compañero: ya esté en propias o en enemigas filas; hoy retornamos, como en el siglo magnífico, a las inmortales fuentes de la filosofía griega; hoy, en

fin, descamos que la universidad recoja la dispersa luz de nuestros ideales para que en un solo haz la proyecte a lo futuro, sin cuidarse del pasado inmediato, donde tantos astros muertos ruedan y tantas nubes se tiñen por espejismo con el oro de la estrella...

Señores, traigo la palabra del "Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras,, a este acto; hanme honrado para que os exprese la inquietud, llena de satisfacciones y esperanzas, que brota en el ambiente estudiantil de esta Facultad, por la reforma universitaria que se inicia y que lleva al más alto puesto dirigente a un maestro querido y respetado. Deseemos, señores, que sea una inquietud que hoy anida, para suerte nuestra, bajo el techo de esta casa con el postulado de la helénica "sophía". nunca se apague en la obra solidaria, porque de ella surge todo cuanto el hombre ha realizado, dueño de la libertad creadora, en el arte y en la ciencia.

## Actas de las asambleas preparatorias

### PRIMERA ASAMBLEA — 7 OCTUBRE 1918

Se procede a la elección de candidatos a Decano, Delegados al Consejo Superior Universitario, Consejeros y Electores.

Obtuvieron votos para Decano los doctores Alejandro Korn, José Ingenieros, Norberto Piñero y Ernesto Quesada, alcanzando el primero la mayoría absoluta, por lo que fué proclamado candidato por la primera Asamblea constituida por alumnos de tercer y cuarto año.

Cierra el acto el señor interventor, doctor Juan Agustín García (hijo), con un elocuente discurso, que publicamos en otro lugar.

### SEGUNDA ASAMBLEA — 8 OCTUBRE 1918

Se efectuó la elección de algunos candidatos que faltaban para integrar la lista estudiantil.

### TERCERA ASAMBLEA — 11 OCTUBRE 1918

Se nombra una Comisión, formada por los señores Manuel Lapidó, B. Ventura Pessolano y Gregorio Halperin, para que se entreviste